

## EL TALLER DE LA MEMORIA LITERARIA EN NUESTRA AMÉRICA

Carmen Perilli

*(El lenguaje) El espacio se ensancha y el tiempo se alarga: estamos unidos por la lengua a una tierra y a un tiempo. Somos una historia.*

Octavio Paz

Uno de los planteos que recorre encuentros nacionales e internacionales de estudiosos de la literatura latinoamericana se relaciona con el espacio de producción y circulación de la crítica y teoría literaria latinoamericanas. Está directamente vinculado a la definición del objeto literario y a la construcción de diversas cajas-herramientas que permitan trabajar la serie literaria en relación con la serie cultural y social. Los usos del tiempo y del espacio han variado, determinados por las relaciones económicas y políticas de poder que también inficionan otros ámbitos, entre ellos el de las instituciones culturales. La proclama de la globalización y el fin de los nacionalismos es una construcción estrechamente vinculada a la estructura de espacio y referencia desde el cual se la enuncia. Lo que aparece como universalidad para una zona del planeta se transforma en localización forzada para la mayoría. No todos somos migrantes, y, aún entre los que se desplazan podemos diferenciar entre turistas y vagabundos (Bauman). En todo caso la cuestión de la extranjería está dada por la exclusión de vastos contingentes humanas, su despojamiento material y simbólico a través de perversas exclusiones.

Las construcciones geopolíticas de los fines de milenio requieren de la misma sutileza de lectura que los nacionalismos modernos para no ser arrasadas por los reduccionismos de una época signada por la desvalorización de la experiencia y de la memoria histórica y cultural. La actitud crítica de la cultura es el arma que permite ir más allá de una pura resistencia o reacción, pe-

ro resulta imprescindible recordar la profusa y variada historia de la crítica latinoamericana —en sus versiones continentalista como nacionalista— y, yendo más allá, nos insta a realizar una crítica de la crítica (Nicolás Casullo).

Se trata de construir proyectos alternativos que, al procesar un máximo de lecturas, lo hagan dando continuidad a las múltiples tradiciones críticas latinoamericanas que, lejos de ser embrionarias, se han desarrollado a lo largo casi de 200 años, han formulado y consolidado modelos propios respondiendo a las tensiones de nuestra historia social y cultural. Es cierto que las academias latinoamericanas se encuentran más preocupadas por presiones económicas y políticas, así como menos compasadas de los proyectos modernizadores. Pero esto no debe impedir sino alentar debates hacia adentro que permitan determinar el funcionamiento de nuestras propias lógicas culturales y literarias. Resulta casi innecesario señalar la importancia que en estos últimos tiempos han cobrado los campos del Norte en la determinación de las agendas. El Sur se ha visto sometido a largos períodos dictatoriales que agudizaron los estériles nacionalismos, preparatorios de la posterior aplicación de planes neoliberales de democracias formales que buscan armar un mercado para el capital multinacional. Estados Unidos recibió y recibe una gran cantidad de exiliados políticos y económicos que han llegado a conformar equipos intelectuales, permanentemente nutridos por migrantes tanto de críticos como creadores. Desde Sor Juana hasta hoy en América Latina los claustros, religiosos o laicos, aparecen como el lugar del saber —metáfora de lo cerrado desde dentro y desde fuera— en oposición a los campos yanquis connotados por la apertura y la expansión.

Los estudios literarios latinoamericanos, en estado de perpetua emergencia, son peligrosos para los vendavales autoritarios que consolidaron los panteones oficiales y para las economías neoliberales que los declaran prescindibles en nombre de las comunicaciones o de la lengua. Algunos equipos intelectuales, despojados del sustento utópico, proclaman la decadencia de la literatura, en nombre de prácticas discursivas masivas y populares, respondiendo a las cuestiones del canon. Condenan a la ciudad letrada latinoamericana como bastión de la cultura hegemónica e intentan suturar la diglosia proclamada por Ángel Rama, usando las consignas de materialistas culturales y poscolonialistas. Un nuevo modo de construcción desde la ajenidad, que no comprende que en estas latitudes de lo que se trata no es de derrumbar el canon sino de construirlo. Lo que nos enfrenta a viejos desafíos que deben llevarnos a revisar conceptos como el de la apropiación de archivos y colecciones, fundamentales en el funcionamiento de la cultura, concebida como combate entre fuerzas diversas.

Hablo desde la experiencia de enseñar literatura latinoamericana en Nuestra América, en mi caso el Tucumán, donde el analfabetismo real y funcional

ha avanzado de modo tan alarmante como la desnutrición. En un mundo donde la electrónica nos enfrenta a un nuevo proceso de alfabetización cada vez más sujetos son despojados de la posibilidad de manejar códigos complejos, aplastados por la brutalidad de la pobreza y la cultura de masas, en escuelas convertidas en precarios comedores, en el mejor de los casos, y con bibliotecas populares destruidas. En este mundo la literatura sigue siendo un «escándalo necesario» que moviliza la imaginación, que impide la muerte. Leer y Escribir se transforman en un combate por la vida, un enfrentamiento con nuevos procesos de vaciamiento de nombre como el de la Conquista. Aunque la letra, y en gran medida la lengua, haya sido originariamente propiedad de otros, nosotros debemos sacarlas del cuarto de Melquíades permitiendo su multiplicación. Resignar la adquisición y la transmisión de nuestras memorias literarias, excluirlas de la experiencia estética occidental, en vez de incluirlas con nuestra enorme tradición policultural, equivale a aprobar el olvido obligatorio de los proyectos colonialistas, contra el que nos han advertido voces como las de José Martí.

El lugar es siempre una realidad cualificada, la cartografía un trazado que intenta apresar la realidad en el papel o la imaginación. Los cantos de cisne que anuncian la desaparición de las naciones obedecen más a la extraterritorialidad del capitalismo que a la desaparición de las diferenciaciones regionales y a las necesidades nacionales que posibilitarían no solo la concentración del capital sino de la libertad en manos de unos pocos —libertad para moverse y para actuar (Bauman)—. Esto se evidencia en las todavía fuertes barreras que separan países como Chile y Argentina; Ecuador y Perú. Si los residentes del Primer Mundo escapan cada vez más a los condicionamientos del espacio, y manejan mejor las realidades externas, las migraciones que afectan a los países latinoamericanos internamente son de un orden diferente. Muchos latinoamericanos no abandonan su lugar de origen, condenados al ninguneo, no solo material, sino simbólico, ya que sus propuestas no interesan a una cultura de masas diseñada desde los espacios centrales, diseñada como espectáculo y enajenación. En esta situación esos sujetos, lejos de relegarlos fatalmente a la oralidad, deben ser incorporados a la posibilidad de la lectura, a las operaciones que sobre la lengua realiza la literatura.

Si la nación nace, como señala Benedict Anderson, como una comunidad imaginada, Nuestra América, resultante de la conquista, funda su identidad en la violencia de la misma pero también en las sucesivas reconquistas y contraconquistas, en las que la cultura y la literatura tuvieron una función fundamental. Esas alianzas entre el poder y la palabra deben ser subvertidas como bien lo entendió Pablo Freire. Desde el reconocimiento de la heterogeneidad, no podemos renegar de esa totalidad contradictoria en la que se dice y se hace nuestro rostro.

Polanco señala que América Latina es más un archipiélago que un continente. Esta flexibilidad, en muchos casos realizada en nombre de los denominados latinos norteamericanos, no debe suponer la demolición del variado sino en una historia significativa del mundo, de una comunidad asentada no solo en un imaginario cultural común. Una comunidad que se ha imaginado a sí misma de variadas maneras pero cuyas tradiciones deben ser transmitidas y reformuladas desde dentro. Hay un dentro y hay un fuera.

Existe una cultura latina en Norteamérica luchando por el reconocimiento y la integración a la cultura nacional estadounidense que de algún modo juega con sus reglas y las del mundo con el que interactúa en el que es el otro. Existe una cultura y una literatura que se produce de este otro lado de la frontera de cristal que tiene otra dinámica, sin que la supuesta relativización y reducción que las diferencia no se transforme en una nueva versión de la universalidad. «Lo latino» puede ser otra versión de Macondo, nuevas formas de homogeneidad. Nuevas y distintas formas de alambradas culturales. Los embates sufridos por los estudios literarios han tenido diversos nombres, en todos los casos han estado marcados por el exotismo y la transitoriedad.

El funcionamiento de la cultura supone una fecunda tensión entre memoria y olvido, este último relacionado con la necesidad de selección. Pero esa selección supone una decisión asentada en el conocimiento de las diversas tradiciones de las que formamos parte. Al mismo tiempo debe tener en cuenta su relación con el lugar de memoria y con la lengua. Ángel Rama afirma que si la crítica no produce obras sí consolida el sistema literario. Dar continuidad a la construcción de nuestro archivo cultural y literario sigue siendo prioridad para los intelectuales latinoamericanos. Grandes zonas del corpus literario latinoamericano continúan ensombrecidas, cercenadas no solo por la acción de las represiones dictatoriales sino por el olvido al que las somete, sin contemplación alguna, el mercado y las políticas educativas. Se insiste mucho en las nociones de borde y frontera del objeto literario, y no podemos desconocer la aparición de nuevas formaciones discursivas. Pero dar cuenta de la existencia de la cultura oral no debe significar ignorar la aventura de la cultura escrita.

Sin abandonar la tarea antropológica, el registro de los discursos orales, en el reino de este mundo, resulta revolucionario construir bibliotecas a las que con tristeza vemos emigrar completas, al Norte. No es extraño escuchar de algunos especialistas que resulta imposible producir sin viajar. Así como los códices fueron empleados como papel de cartas de los conquistadores y la crónica de Guamán Poma ha terminado su paradójico viaje en Dinamarca, hoy, por falta de políticas, se cierran las bibliotecas populares y se abandona gran parte de las universitarias —sometidas también a las purgas de los censores.

No se trata de caer en viejas antinomias que, no por viejas dejaron de ser vigentes en este mundo de novedades. Lo que afirmo es que la agenda de los

estudios literarios latinoamericanos debe emerger de nuestro propio espacio. Así, la preocupación que llevó a abrir las *Jalla Cusco* con el trabajo de Zevalllos Aguilar sobre los migrantes me parece absolutamente trasplantada. Toda una alegoría: allí en el centro del mundo donde hasta en el aire se conservan las voces de los abuelos, parecen asediarnos las cuestiones culturales norteamericanas, en las que las tensiones entre extranjería y hospitalidad están extremadas. La cuestión de los latinos es una de tantas problemáticas, inclusive menor al lado de las urgencias de los estudios literarios latinoamericanos. Hasta dónde y hasta cuándo, como dice Arenas, seguiremos siendo exóticos productos hollywoodenses o, como dijo Reinaldo Arenas, hasta cuándo seguiremos siendo descubiertos.

La literatura es una aventura de la libertad, un instrumento que pone en crisis la representación de la realidad y critica los modos de ver el mundo. Pero para ello no podemos dejar de tener en cuenta el trabajo con el lenguaje que supone operar sobre la lengua propia. Abrir puertas a la escritura, apostar a la memoria y a la libertad, a la fuerza de los sentimientos, en un mundo global y al mismo tiempo fragmentado. Como bien señala el mexicano Fuentes, «agitar, modelar, acariciar y cachetear a una de las grandes lenguas del mundo, impedirle que juegue el juego de la bella durmiente, devolverle la naturaleza verdaderamente revolucionaria» sigue siendo la misión del escritor, sigue siendo la misión del crítico.

Actividades como la lectura y a la escritura, hostigadas por la competencia del mundo vistoso de la imagen, en el que la educación ha perdido el prestigio simbólico que la caracterizaba, en el que el mercado otorga los valores. Los comienzos de siglo repiten situaciones. En el XXI como en el XX una enorme mayoría tiene vedado el acceso a la comida y, por supuesto, a los libros, mientras una minoría juega con los destinos de la humanidad toda. La barbarie surge muchas veces desde el centro de la civilización, más devastadora que nunca antes.

En América Latina, Nuestra América, estamos convocados a ayudar a construir una cultura de la contraconquista que nos permita trabajar la pluralidad y luchar contra la peligrosa homogeneización que desde el poder se intenta instaurar como imagen de nuestro continente, ese lugar donde la belleza parece estar unida a la tristeza para siempre, la enseñanza de la literatura latinoamericana. Un espacio de la crítica y de la creación donde se conjuguen pasión y razón resulta imprescindible en esta América en la que Manuel Scorza proclama «no pueden ser bellos los ríos/ si la vida es un río que no pasa;/ jamás serán tiernas las tardes/ mientras el hombre tenga que enterrar su sombra/ para que no huya agarrándose la cabeza».

No podemos negar la importancia de la memoria histórica, la memoria literaria también ha anegado múltiples tradiciones latinoamericanas. Una larga

corriente de pensamiento, como lo señala Achugar, ha planteado la necesidad de construcción de una cultura; autonomía no significa encierro. Eduardo Galeano nos dice que América Latina ofrece un campo de batalla entre las culturas del miedo y las culturas de la libertad, entre las que nos niegan y las que nos nacen. Ese marco común, ese espacio común, ese común campo de batalla, es histórico. Proviene del pasado, se alimenta del presente y se proyecta como necesidad y esperanza hacia los tiempos por venir. Porfiadamente ha sobrevivido, aunque haya sido varias veces lastimado o roto por los mismos intereses que subrayan nuestras diferencias para ocultar nuestras identidades.

Todas las sociedades se imaginan su pasado, «inventan» las tradiciones que la hacen posible en el tiempo y dibujan una geografía que le permita abrazar su espacio. La cultura es memoria que se construye en y contra el olvido; lo vence solo y en tanto lo transforma en mecanismo. El horizonte en el que surge la cultura latinoamericana es la colonización, que oscurece las relaciones interculturales. La literatura tiene en ello un papel central. Debemos formular nuevas teorías y desocultar las particulares relaciones entre discursos e historias. Pues siempre se acaba por imponer la materialidad en que se originan. Traducir, comparar no siempre son operaciones sencillas. Porque, como dice Rodrigo de Aguilar, personaje de Bernal Díaz del Castillo y de Carlos Fuentes, este valiente mundo nuevo asiste y ha asistido a «un perpetuo reinicio de historias perpetuamente inacabadas». O como señalaba en el siglo XVII un letrado mestizo: «Si eres lego te ahorro el que me aplaudas. Tarde parece que salgo a esta empresa: pero vivimos muy lejos los criollos» (*El Lunarejo*).

Hacia 1930 Walter Benjamin vaticinaba el eclipse del valor de la experiencia frente a los embates de la novedad y la información. Aunque la barbarie anunciada por el angustiado filósofo parece haber ganado los espacios de la cultura de la imagen, todavía es válido hoy a fines de milenio y aquí en conservar y transmitir nuestras preciosas experiencias personales y comunitarias. Julio Ortega nos dice que «la memoria no es nunca un panteón, sino que sus órdenes están dictados por la necesidad de resistir, rehacer, compartir la actualidad. Por ello, el mejor pasado es el que amplía nuestro presente. Llamo futuridad, por eso, al porvenir legible, a esos márgenes donde la información no es solo pesimista y catastrofista, sino documenta extensamente esa coincidencia. Por otro lado, el sentido instrumental está a la vista. No solo me importó conocer el mundo de un autor sino la operatividad de su escritura».

La literatura latinoamericana es el espacio donde confluyeron un conjunto de virtualidades que permitieron la construcción de un imaginario simbólicamente poderoso. La articulación de representaciones del continente que florece en la escritura en la segunda mitad del siglo no obedece solamente a fenómenos de mercado y produce lecturas fuertes, como las llama Fredric Jameson, de la cultura latinoamericana. Letra atenta a las voces pero también a

sí misma. La historia de la literatura nos la muestra atravesada por un prolongado debate acerca de las funciones de la literatura, intentando una difícil síntesis entre sus posiciones éticas y sus mandatos estéticos. Desde mediados de siglo se aparta de las viejas posturas realistas positivistas y de su tarea documental.

En estos difíciles tiempos nos llegan contradictorias declaraciones de las praderas del norte. Se declara nuestra situación poscolonial o posoccidental que nos coloca, según el versátil teórico Walter Mignolo, en la situación de reconocer que ya no se hace teoría en América Latina sino sobre América Latina. Inexplicable y peligroso cambio de preposición. En las recientes revistas estadounidenses dedicadas a los estudios literarios latinoamericanos observamos un notorio cambio. Llegan entonces a nuestras aulas o escritorios cada vez más alejados de los flamantes campus y amenazados con la extinción Si cuando hablamos de literatura tenemos en cuenta la existencia de una materialidad y, esto, como bien lo señala Terry Eagleton, no debe ser olvidado porque es la operación sobre la lengua lo que sustenta aquello que llamamos literatura, lo que la transforma en una extensión de la imaginación.

El proceso de sustitución, del que tan bien habla Roberto Schwartz al referirse a la crítica latinoamericana, donde pareciera no haber sino categorías fuera de proceso, supone el desconocimiento de un inmenso continente de textos que han tejido la biblioteca, por qué no, de la cultura latinoamericana, en la que siempre estuvo la tensión entre la letra y la oralidad, elaborada como conflictiva dentro de las mismas producciones que, en un extremo poseían a Borges y en el otro a Arguedas, a las experimentaciones constantes de Cortázar junto a la escucha sutil de la palabra caribeña de García Márquez, pero siempre se trató de elaboraciones y reelaboraciones de lo que se llama hoy escritura.

La falaz pretensión de que solo los *cartógrafos nómadas* pueden producir un discurso crítico. Interesante la noción de frontera, el descubrimiento del multiculturalismo. Sin desechar aportes es importante reivindicar la producción de nuestros grupos al mismo tiempo que incentivarlo. Aquí en América Latina se produce, desde hace mucho tiempo, teoría sobre América Latina. No desearía hacer una exaltación del posicionamiento del sujeto pero las tensiones que sufre el estudioso de la literatura en las universidades norteamericanas o inglesas no son las de nuestras vapuleadas cátedras latinoamericanas; tampoco los equipos de investigación sometidos a políticas de derechas nacionalistas y católicas que siguen gozando de los resortes del poder dentro de los centros nacionales de investigación. Renegar de las obras literarias, ese inmenso piélago de palabras donde una y otra vez emergió como un espacio virtual el continente latinoamericano, aparece como la reivindicación de originalidad

de la barbarie que, desde el fondo de los tiempos, nos dictan los textos maestros de la cultura occidental.

Entrevemos en el follaje de palabras representaciones que nos son familiares. ¿No hay algo así como una construcción del continente virgen en lo del continente *subalterno*? Nuestro imaginario social y cultural pierde su papel activo, determinado por un imaginario crítico que al menos hay que leer con cuidado porque por medallas de persecución que acumule surge en un medio totalmente diferente. Se trata de una nueva forma de esencialismo donde lo que prima es la mirada ajena nuevamente. Nuestra cultura, nuestra literatura como la alteridad. Los latinoamericanos debemos proponer nuestra propia agenda, trabajar estableciendo prioridades, rescatando las voces silenciadas de nuestros creadores e intelectuales, construyendo circuitos alternativos de circulación para nuestras producciones discursivas, evitar cantos de sirena que demasiado suenan a moda y aprender, de una vez y para siempre, que no somos un continente vacío, resistiendo paradójicas colonizaciones a través de propuestas concretas, armando redes, continuando las que desde hace por lo menos un siglo nuestros abuelos comenzaron a tejer, imperfecta pero irreversiblemente, sin olvidar que nuestro patrimonio es la humanidad.

Nuestra tarea prioritaria es el taller de la memoria literaria, ampliar el continente de lectores, emplear la literatura contra las falsas opacidades de la lengua y leernos no solo diacrónica sino sincrónicamente, ser capaz de continuar el tejido que en el telar comenzaron otros antes que nosotros, dándole continuidad e introduciendo lo nuevo. ♣

## BIBLIOGRAFÍA

- América Latina. Palavra, literatura e cultura, Vol A situação colonial*, Memoria, 1993.
- Cornejo Polar, Antonio. «La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias», en Ana Pizarro (comp.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, México, Colegio de México / Universidad Simón Bolívar, 1987.
- *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Horizonte, 1994.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- JALLA La Paz. *Memorias*, Bolivia, 1993.
- JALLA Quito. Ponencias publicadas en *Kipus*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional, 1998.
- JALLA Tucumán. *Memorias*, Tucumán, 1995.
- Jameson, Frederic. *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, Madrid, Visor, 1989.
- La literatura latinoamericana como proceso*, Centro Editor de América Latina, 1985.

- Lienhard, Martin. *La voz y su huella*, Lima, Horizonte, 1992.
- Ludmer, Josefina. «Las tretas del débil», en González / Ortega (coords.), *La sartén por el mango*, Río Piedras, Huracán, 1985.
- Perilli, Carmen. *Colonialismo y escritura en América Latina. Ya béis que oy es tiempo al rebés*, Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, 1998.
- Pizarro, Ana (comp.). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, México, Colegio de México / Universidad Simón Bolívar, 1987.
- Rama, Ángel. *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Ayacucho, 1985.
- Said, Edward. *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990.
- *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- Schwartz, Roberto. «Nacional por substracción», en *Punto de vista*, año IX, No. 28, noviembre 1986.
- Subirats, Eduardo. *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Madrid, Anaya / Mario Muchnick, 1991.
- Williams, Raymond. *Sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 1992.